

DEL YO MODERNO AL YO METAMODERNO: HACIA OTRA CULTURA Y EDUCACIÓN

From modern 'I' to metamodern 'I': towards other culture and education

JOSÉ ÁNGEL LÓPEZ HERRERÍAS
Universidad Complutense de Madrid

El paso hacia el siglo XXI, tras el complejo siglo XX, nos ha retado de manera novedosa sobre cómo seguir adelante realizando la convivencia humana y las relaciones con el mundo. Occidente ha realizado su propia historia desde la conciencia identitaria *moderna*, una conciencia narrativa como sustancia racional, capaz de conocer la verdad y de especular y medir lo real. Existir hoy exige el paso hacia la metamodernidad, la presencia de un ser humano que se hace y reconoce en el encuentro respectivo y gramatical con los otros. De un humano «sustancia racional» a un humano de «respectividad ética».

Palabras clave: Modernidad, Posmodernidad, Ultramodernidad, Metamodernidad, Deconstrucción, Retos socioculturales, Respectividad, Gramaticalidad, Razón ética.

En qué pienso y de qué hablo

Los retos culturales —podemos vivir un mundo más justo y digno— y los problemas educativos —hacia dónde y cómo crecer como personas— son un asunto crucial desde el que mirar nuestro mundo. Ese punto «eje» lo concreto así:

- Nuestra cultura greco-occidental (25 siglos: del V a.C. al XIX-XX d.C.) ha sido el tiempo histórico de una conciencia explicativa de la realidad (natural y humana, aunque aquí escribo desde y para esta última, esto es, sobre el *yo*), definida como una sustancia (individual) racional, capaz de conocer la verdad.
- Que esa visión de lo humano, en la conciencia histórica occidental, es un tiempo

filogenético comparable a la ontogénesis de un tiempo psicohistórico personal: por ejemplo, la adolescencia; quiere ello decir que se considera ese tiempo cargado de sentido y analizable en sus diferentes aspectos.

- Que a la conciencia explicativa del *yo*, durante esos siglos, la tradición académica (Lyotard, 1984; Vattimo, 1990) la reconoce como la *modernidad*, siendo sus grandes constructores Sócrates, Platón, Aristóteles, *animal racional*, Descartes, *cogito, ergo sum*, Kant, la Ilustración, la *Diosa Razón*, y las grandes consecuencias de la revolución política (la Revolución francesa, 1789, la presencia histórica de la burguesía), y de la Revolución industrial (la tecnología, el urbanismo y la presencia del proletariado, 1850, *El manifiesto comunista*).

- Que desde las experiencias límite o cumbre de esa diosa *razón*, vividas en el siglo XX: i) las guerras mundiales, los fascismos de raza —nazismo, Hitler—, o de clase social —bolcheviques, Lenin, Stalin—; ii) las colonizaciones explotadoras, *un mundo en compleja y profunda crisis de antihumanismo*, y iii) los conocimientos nuevos alcanzados en ese siglo XX, esto es, la afirmación de la relatividad para explicar los fenómenos naturales, Einstein (2004) y los fenómenos humanos, Vigotski (1977), paradigma histórico-cultural, G. H. Mead (1972), interaccionismo simbólico, lo cual ponía en entredicho la tradicional categoría de sustancia, podemos caer en la cuenta de la limitación de esa conciencia histórica de la *modernidad amplia*: el tiempo greco-occidental señalando, siglo V a.C.-XIX/XX d.C. o *restringida*: siglos XVI-XIX/XX d.C.).
- Que esa deficiencia histórica a superar, nuestro gran reto cultural y educativo, es dejar de confundir *finalidad* y *funcionalidad*, y no atribuirlas conceptualmente de manera equivocada a la compleja e histórica experiencia humana. El *fin* es el *para qué*, la razón de ser de una acción. La *función* es el *cómo* y el *con qué* se hace algo. Así, respecto de nosotros mismos podemos decir que «tenemos piernas y andamos», *funcionamos* andando, pero no hemos nacido *para* (fin) andar. Otro ejemplo: «tenemos ojos y vemos, *funcionamos* viendo, pero no hemos nacido *para* ver». ¿Hemos nacido para

conocer o vivimos con la función del conocimiento? Éste es el punto discriminador del análisis. ¿Cuál es el criterio clarificador para decidir si conocer, el conocimiento, es finalidad o función? Y si conocer fuese una función, ¿cuál sería la finalidad de la existencia humana? Aquí tengo que proponer un breve y muy significativo rodeo.

En definitiva, la investigación que en este trabajo se realiza sobre la actual percepción de la identidad, del *yo*, llama la atención sobre esa visión y la repercusión que ello tiene en la consideración educativa de la infancia y en el sentido y el valor del aprendizaje. Infancia y aprendizaje son dos experiencias humanas radicales, originarias en la construcción de la propia realidad personal de cada uno, que se retroalimentan en esa construcción con la visión que se alcance a tener de la propia identidad. Mantener una acción con la infancia, y a través del aprendizaje, con una percepción de la identidad moderna es abocarse al fortalecimiento de un mundo que no tiene sentido, ni nos ha tocado vivir necesariamente. Aunque por la fuerza de la inercia y de la conservación de seguridades nos empeñemos, a veces, en mantener.

La finalidad del ser humano es convivir de manera buena: conocer es una función

De manera sintética, las dos diapositivas de los dos paradigmas contrastables son presentables como aparecen en el cuadro 1.

CUADRO 1. Paradigma modernidad y metamodernidad

Paradigma modernidad: <i>homo rationalis</i>	Paradigma metamodernidad: <i>homo eticus</i>
<ul style="list-style-type: none">• Sustancia individual, racional, conocedora de la verdad.• Finalidad existencial: conocer.• Toda experiencia humana (funciones: convivir es una de ellas) queda supeditada a esa finalidad: conocer la verdad.	<ul style="list-style-type: none">• Relacionalidad gramatical, ser de convivencia dialogal.• Finalidad existencial: convivir.• Toda experiencia humana (funciones: conocer es una de ellas) queda supeditada a esa finalidad: vivir ético.

Decidirse por uno u otro paradigma requiere algún criterio dilucidador, que no puede ser cualquiera, ni ser elegido desde referencias voluntaristas. Así, entiendo que la finalidad indagada puede clarificarse desde la consideración de dos criterios decisionales complementarios. Uno lo denomino criterio antropológico: la finalidad humana tiene que ver con aquello que más decididamente provoca el permanente afán de «felicidad» (*eu-daimonia*: aquel bien al que tiende nuestro espíritu, nuestro *daimon*). El otro es el criterio psicoético: la finalidad de la existencia humana entraña con aquello que explica la fuente originaria de la realidad personal de cada uno. Ésta no es otra que la concreta presencia del espíritu de cada uno, que emerge de la radical experiencia y situación de encuentro en que consiste la existencia humana.

La Grecia clásica, en la situación de un nuevo estilo de relación con otros pueblos, allá en el Mediterráneo, hasta entonces más tranquilo (siglos VII-VI a.C.), había vivido inmersa en narraciones míticas. La nueva situación provoca la presencia de una nueva racionalidad, de otro guión, el del *logos* y la *episteme*, que apela a otras formas cognitivas y a otros estilos expresivos que el mítico. Se pusieron los cimientos, *animal racional*, para pasar a considerarnos *seres de conocimiento y de ciencia* (Descartes, Newton, Kant), entusiasmados con los logros de la *Diosa Razón*. De ahí la deriva entusiasta hacia la creencia del progreso desde el uso potente y sin límites de esa razón endiosada. Toda y cualquier experiencia de la vida humana al servicio de la racionalidad-fin, que es la fuerza que nos dará la felicidad y por la cual alcanzaremos el progreso y el desarrollo más humanizador.

Pronto se percibió el desengaño de los límites y las inexactitudes de esa endiosada racionalidad. De un lado, lo conocido no era la verdad perfecta, según se creía. Así, por ejemplo, la racionalidad acabada de la geometría euclídea pronto desveló su imperfección. Lobachevski y Riemann demostraron que hay otros espacios y otras geometrías, que no son ni el espacio

ni la geometría planos. Despues, Einstein ($E=mc^2$), conociendo que las realidades físicas no son sustancias, ponía en cuarentena la perfección de la física newtoniana, que se mostraba sólo válida para el espacio de la experiencia cotidiana. Al mismo tiempo, Marx, Darwin, Freud, cada uno en un ámbito de experiencia, nos demostraban que la racionalidad «ilustrada» de la *Diosa Razón* nos había trasladado verdades que se reconocían ahora como imperfectas, inexactas, cuando no decididamente erróneas. Nietzsche (1987) deconstruía la secuencia interpretativa de la racional cultura europea *socrática* y demostraba que había habido un exceso de apasionamiento acrítico referido a la confianza y el valor de la razón. Racionalidad que también había quedado desvelada en sus imperfecciones, en cuanto a lo que se refiere a las expectativas prometidas de valiosos logros de progreso material y espiritual, enseguida desengaños tras las rápidas frustraciones derivadas de las dos grandes revoluciones, la política y la industrial. Todo ello, ya hoy contrastado, tras el tremendo siglo XX (*decadencia de Occidente*) con las guerras, la explotación tecnológica, la presencia de la pobreza y de las colonizaciones explotadoras, el hambre y un machacón listado de truculencias y de desgarros humanos en todos los puntos cardinales del globalizado mundo. ¿No había que cambiar la dirección y la referencia orientadoras de los faros conocidos? Seguro.

El mismo truculento siglo XX, tiempo de los máximos destrozos, consecuencia aplicada de la razón-fin de la existencia, ha sido el tiempo renovador de perspectivas y de discursos. A su vez, nos ha aportado caminos alternativos para salir del fracaso provocado por el dominio excluyente de la racionalidad dominante. Reconsiderado el pasado y los logros alcanzados así, no es extraño que la propuesta investigadora se centrarse en la «deconstrucción» de cómo y por qué había ocurrido esa secuencia histórica. Y se descubrió que se había dado una especie de embriaguez exacerbada de «sustancialismo», de «racionalidad» y de autoatribuido «conocimiento de la verdad». Desde ese mundo referencial, bien

nutrido de logros parciales (geometría, física, astronomía, racionalismo, presencia histórica de la burguesía, industrialización), no es extraño que la historia occidental moderna tuviese esa secuencia narrativa y ese estilo cultural. Secuencia y estilo decididamente superables. ¿Cómo? Entre otras variables mediante la investigación y la clarificación del origen del yo. Dado que si poseemos un conocimiento que nos permita percibirnos como sujetos de otra manera a la *moderna*, sería posible aventurar otra forma de representar la historia humana. No la vivida por seres autoconvencidos de que son sustancia («lo que es en sí y no necesita de ninguna otra cosa para existir») y que existen para conocer. *Modernidad*. Más bien, seres que emergen del originario encuentro *gramatical* del intercambio de huellas de unos con otros. *Metamodernidad*.

En la categoría de la *gramaticalidad* de Derrida (1985) se sintetiza toda la indagación de pensamiento y científica que a lo largo del siglo XX nos enseña a mirar lo humano, como ocurrió en lo natural, como un mundo *relacional*. Dice la síntesis derridiana: «El sí del presente viviente es originariamente una huella». Una huella relacional, no una sustancia, es lo originario de nuestro ser personal. Esto es como el final de un recorrido que transita todo el siglo XX en diferentes y complementarios horizontes. Así, Vigotski resume esa idea de la *relacionalidad* no sustancial, que nos acerca más a vernos como seres de eticidad que de racionalidad, en la siguiente frase: «Somos huellas que se sintetizan en palabras». Las palabras de nuestro yo personal emergen de las huellas compartidas con otros. Sin esas huellas relacionales no habría palabras. Nuestra persona[lidad] dice las palabras que han quedado provocadas, sugeridas, en las huellas aportadas como creación del espíritu de cada uno. En la misma sintonía, G. H. Mead, creador del interaccionismo simbólico, afirma que, nacidos de madre humana, nuestro espíritu personal emerge del origen de la comunicación, desde la que surgimos, como seres de conciencia autorreferencial. Es lo que Buber (1949)

recogía desde un análisis más filosófico a través de la categoría «entre», para definir la realidad del ser humano. Ser de «entre», una preposición sustantivizada: se llega a ser sujeto desde el ineludible encuentro, *entre*, de unos con otros. La sustancia racional, capaz de conocer la verdad, va quedando apartada, y pasa a ser sustituida por la *relacionalidad ética* del encuentro, a cuyo servicio y valor debe quedar toda otra funcionalidad. También la muy relevante, hasta el momento, de conocer.

En esa misma secuencia, Zubiri (1980) definía lo real como mundo *respectivo*. Lévinas (1993), Ricoeur (1996) son otros pensadores que nos acercan el horizonte antropo-ético de la *metamodernidad*. Utilizo la categoría *metamodernidad* para referir esa visión del actor humano, que supera (*metá-*) las inexactitudes y las consecuencias, algunas nefastas, de la *modernidad sustancialista cognitiva* y sus dos consecuencias filiales (*postmodernidad*, desencanto y *ultramodernidad*, exacerbación), y que nos aporta otra visión más valiosa del yo humano. Una perspectiva en la que se comprende que la finalidad de la existencia, conocido su origen, es vivir éticamente el mundo de encuentros con los otros. A este fin deben quedar supeditadas, es la regla universal de la eticidad de la existencia humana, todas las funciones de la vida. Entre ellas, aunque sea la más significativa y relevante, la función cognitiva del deseado desvelamiento de lo real.

Descripción analítica de las variables que definen la identidad psicocultural moderna y metamoderna

Presentado en esquema, el siguiente cuadro nos aproxima intuitivamente a la visión de la dualidad referida. El conjunto de variables nos ofrece un acercamiento a la complejidad analizada y a los caracteres descriptivos que configuran los dos tipos de identidad considerados. El eje descriptivo que atraviesa el conjunto de las variables propuestas se basa en la adecuada metáfora

que simboliza la existencia como una «representación narrativa (teatral) de la vida». La existencia es como participar en la representación de un papel, dentro del libreto de una obra, escenificada con otros actores a lo largo de la historia de una vida.

La complejidad del cuadro y la interdependencia explicativa de las variables no han de quedar anuladas por la visión intuitiva del esquema. Efectivamente, el conjunto de aspectos que describen la dominante y ya pasada mentalidad «moderna» no es un encapsulado absoluto y terminado de una serie de variables. Tampoco la denominada mentalidad «metamoderna» es un esquema perfecto de algo alternativo, ya activo y presente en la dinámica histórica y cultural. Son las referencias explicativas de dos estilos narrativos de hacerse presente la actividad humana, al menos en la experiencia occidental en los últimos 25 siglos. De un lado, en la modernidad, se resaltan los caracteres dominantes de un conjunto de variables psicoculturales que han provocado unas consecuencias y unas formas

de vida en las sociedades representativas de esa manera de interpretar el mundo. Analizado que esa fórmula narrativa no es adecuada con los conocimientos sobre lo humano alcanzados hoy, ni que sea válida para responder a los retos y problemas de nuestro mundo —globalización, exigencia de mayor compromiso humano de igualdad, dignidad, libertad, fraternidad—, se propone como síntesis alternativa el horizonte de un estilo humano denominable «metamoderno». Se mantiene el componente léxico «moderno» para señalar que hablamos de lo mismo: de la necesaria consideración del ser humano, sujeto de la historia. Sin embargo, se añade el prefijo griego «metá-» para señalar que se plantea una visión humana que supera los planteamientos perfeccionables de la narración antropológica dominante en los siglos pasados de la cultura occidental.

El estudio analítico de estos apartados clarifica la perspectiva del «yo moderno» y la del «yo metamoderno», que se considera una alternativa de aquél, válida para los retos y los problemas

CUADRO 2. Diferencias entre el yo moderno y el yo metamoderno

Variables/identidad (yo)	Yo moderno	Yo metamoderno
Paradigma.	Razón lógica simplificadora.	Razón ética compleja.
Actor.	Sujeto substancial individual.	Sujeto relacional/gramatical.
Valor.	Conocer verdad.	Realizarse/convivir.
Tramoya.	Yo+accidentes, objetos de conocimiento.	Yo nostral: seres convivencia.
Ser persona.	Cognitivo: razón lógico-matemática.	Ético integrador.
Concepción del yo.	Substancia intelectiva jerárquica.	Nudo comunitario: autorrealización.
Libreto.	Yo jerárquico dominador.	Yo comunitario.
Socialización.	Yo+accidente: epidérmica.	Yo nostral: profunda.
Consecuencias económicas.	Hambre, pobreza, injusticia.	Equidad.
Consecuencias sociales.	Desigualdad.	Igualdad.
Consecuencias culturales.	Dominación, violencia.	Libertad, paz.
Guión general.	Enfrentamiento, individuo.	Fraternidad, comunidad.
Figura geométrica.	Línea recta plana.	Línea helicoidal.
Propuesta educativa.	Repetir, controlar.	Dialogar, expandir.
Fin educación.	Mantener.	Autonomía crítico-creativa.
Medios educativos.	Lo establecido, lo transmitido.	Lo innovador, lo indagado, lo dialogado.

de los tiempos actuales. En todo caso, la perspectiva analítica de cada dicotomía ha de verse como un recurso didáctico clarificador. Ello, en el afán de acercarlo con intuitividad, tiene el riesgo de perder en algún grado la visión holística desde la que debe percibirse el mensaje. Cada par dicotómico encuentra el significado de sí mismo en la consideración sintética de la globalidad del mensaje. Es un contenido complementario en que el proceso cognitivo del análisis encuentra cierta plenitud comunicacional en la elaboración sintética de la relación temática de los múltiples factores.

Paradigma	Razón lógica	Razón
	simplificadora	ética compleja

Paradigma hace referencia al modelo que define la concepción y la comprensión de la experiencia humana. Es la clave en que descansa y en la que se articula todo el mundo de consideraciones y de aspectos de diferenciado matiz en que se concreta la compleja actividad humana en el mundo con los otros. Es el valor a conseguir. Durante los siglos de cultura greco-occidental (V a.C-XIX/XX d.C.), la *modernidad* amplia, el modelo de humano dominante ha sido el de quien se reconoce como una «razón lógica simplificadora». Razón generadora del anclaje en la certeza de alcanzar la verdad, dominadora y reguladora de lo real, distante de todo aquello que no era asequible a los criterios *positivistas* de diálogo con lo cognoscible. Lo no integrable en los parámetros de la verificación observable y medible quedaba excluido del ámbito epistémico posible. Como efecto de este proyecto cognitivo, educarse, aprender, prepararse para la vida, ensanchar el espíritu y verbalizaciones semejantes quedaron restringidas a aspectos humanos racionalistas, intelectualistas. Todo lo vivible y presente en la experiencia humana que no estuviese directamente relacionado con esa atribución racional del conocimiento matemático y observable, objetivo, distante de las valoraciones, era percibido como algo secundario. Los efectos de ese mundo humano, presente y dominante en la experiencia de los pueblos, son bien conocidos.

Por eso, el siglo XX, centuria dual, nos ha mostrado grandes males, los peores efectos de esa «razón lógica simplificadora» y nos ha enseñado el proyecto alternativo de cómo rehacernos para vivir otros tiempos. Otros tiempos en los que seamos capaces de comprender que el modelo posible de experiencia humana que debemos seguir es el de la «razón ética compleja». Un filósofo relevante del siglo, M. Heidegger, en un breve escrito: *Carta sobre el humanismo* (2004), nos acerca una nueva lupa con la que ver el mundo y lo humano. Que no sigamos pensándonos desde la *animalitas* a la que luego le sobreviene el añadido de la racionalidad. No es valioso que nos reconozcamos como animales, además capaces de pensar. Pensar para hacer y vivir de forma animal, cerrada. Aporta Heidegger que la tarea humana actual es reconocernos desde la *humanitas*. Desde otra razón de ser. Y el filósofo, además poeta, intuye de manera perfecta que ése desde la *humanitas* puede concretarse en la «apertura al ser». Precisamente, por ser entes de palabra, *desde la palabra*, lo que nos toca como humanos es desvelar en nuestro cuidado del mundo, la iluminación del ser. Hacer presente la realidad posible del mundo. Pasar a ser cocreadores de un mundo que se nos desvela en el lenguaje, con el que *pastoreamos*, cuidamos, el ser. Dejar de ser animales racionales y pasar a ser la morada en el lenguaje de lo que es y de su fundamento. La razón deja de ser un mapa cognitivo de representación de pretendidas absolutas verdades. La razón pasa a ser un mundo de eticidad, de responsabilidad, de exigencia, por hacer real que las posibilidades de la vida se nos desvelen de manera cuidada.

Actor	Sujeto substancial	Sujeto relacional/ individual
		gramatical

En correspondencia con el paradigma/modelo definido, el actor coherente de la modernidad es un yo sustante individual. Esto es, un ser substancial: aquello que no necesita de ninguna otra cosa para existir. Así lo vio la tradición que tradujo el «animal lógico» aristotélico en sentencias como las de Boecio: «*Rationalis naturae*,

individua substancia» («Una sustancia individual de naturaleza racional»). El ser humano, un yo de identidad sustantiva, que vivía el añadido accidental de la socialización, como algo secundario en el plano del ser. Es evidente que esa identidad es la base de una forma de ser y actuar desde la que se justifican las jerarquías, los dominios y los poderosos, unos sobre otros. Desde esa identidad es difícil, prácticamente imposible, hacer viva una *psicosociocultura* capaz de superar los retos de nuestro tiempo y, de otro lado, acercarnos a vivir de forma superadora esos retos. Siendo esto así porque si cada sujeto se concibe como una realidad substancial, realizada en sí, que no necesita de nada para ser quien es, entonces se dificulta la presencia histórica de personas y de situaciones humanas más cercanas a la igual dignidad y fraternidad de la especie humana.

La alternativa del siglo XX, siglo de la *relacionalidad*, nos ha permitido captar una visión de lo humano no sustantiva. Más bien, un ser que emerge y se construye desde la radical gramaticalidad del encuentro con los otros. El actor metamoderno no está constituido y luego accidentalmente se relaciona en la socialización. La persona metamoderna se realiza en y desde la radical y originante relación con los otros, que ahora no son relaciones accidentales, sino huellas generadoras de la propia realización personal. Este actor sí es el indicado para hacer presente otro estilo de cultura en la que sea real vivir más libertad, dignidad, igualdad y fraternidad. Una cultura en la que sean alcanzables más experiencias de paz, de interculturalidad, de solidaridad, de ecología...

Valor	Conocer la verdad	Realizarse/convivir
-------	-------------------	---------------------

Ese humano moderno, reconocido y activo durante siglos y aún hoy, sustante y lógico, vivía como lo más valioso la certeza de ser conocedor de la verdad. Entendida la verdad como el logro de una captación objetiva y universal de lo real. Esto es, la adecuación perfecta entre lo real y lo captado por el entendimiento, como decía la

definición de la tradición clásica aristotélico-tomista: «*Adaequatio rei et intellectus*». Han sido tiempos de profunda seriedad y rigor, en nombre de la verdad, por parte de quienes creían poseerla y se autoafirmaban en ella hasta la violencia. Por eso, cuando U. Eco, el pensador y lingüista italiano, tiene que hacer una radiografía de nuestro tiempo pasado, escribe la novela *El nombre de la rosa* (1983) y articula en ella un mundo en que «la verdad ríe». El afán secular de creerse conocedores de la verdad, como algo absoluto, universal y objetivo, desde plataformas de poder que garantizaban el valor de verdad de lo conocido, ha sido una amenaza terrible para millones y millones de humanos, durante siglos y siglos.

No significa esto, caminando hacia el otro extremo, que la metamodernidad consista en renunciar a todo afán por desvelar la verdad en el mundo. No. Más bien, el humano relacional de la metamodernidad se define en el intento de dialogar con los otros en el camino hacia la verdad, que se pueda alcanzar. Ya lo expresaba Platón en la famosa *Carta VII*: «Verdad es lo que un grupo de humanos en diálogo busca». Y esta misma tensión, tanto y tanto tiempo olvidada desde el deslumbramiento poderoso de creerse en el poder de la verdad, es lo que hoy hace del diálogo (Habermas, 1987) el más consistente valor de nuestro mundo.

La verdad que hoy se busca y plantea como proyecto existencial es la de que existimos para realizarnos válidamente en la convivencia. Hoy el valor no es la verdad alcanzada por algunos y propuesta/impuesta a los demás menos poderosos. Hoy nos debemos acercar al convencimiento «entre» de que la verdad consiste en realizarlos éticamente los unos con los otros, en cuanto que todos somos radical y originariamente «hermanos de humanidad». La propuesta ética más valiosa en nuestro tiempo es ésta en la que nos comprendemos humanos, realizando la construcción de la propia morada, con los otros.

Tramoya	Yo+accidentes, objetos de conocimiento	Yo nostral: seres convivencia
---------	-------------------------------------------	----------------------------------

En el escenario de la tramoya de la vida, lo moderno atribuye nuestra realidad humana como un mundo en el que hay «yo» y accidentes. En definitiva, objetos de conocimiento. Cosas para conocer y dominar. Los otros, también. Objetos cognoscibles y manejables. En ese mundo de enseres, cada uno es un yo aislado, individual, cerrado, que ve y vive todo lo otro, personas y objetos, como accidentes. Como algo que tiene el valor residual de ser «útiles» para el uso de los «yo». Así, ni las personas, ni la naturaleza, ni las cosas, valen en definitiva nada. Vale el «yo», el actor, la sustancia. Todo lo otro es tramoya, cacharrería, objetos convenientes o inconvenientes. En ese mundo de la modernidad, el respeto, el cuidado, la atención a lo natural será meramente la expresión de una conveniencia, de un interés. Igualmente las personas son causi objetos de oportunidad para que alguien saque ventaja. En este texto teatral no será posible el cambio para alcanzar un mundo más justo, solidario, atento a las vidas de las personas y de la naturaleza. El código de conducta, social, política, cultural, vendrá marcado por los límites que se alcancen a ver como campo de posibilidad para hacer lo que se pueda.

Sin embargo, la psicocultura metamoderna concibe la experiencia de la vida cotidiana como un mundo no dual y sí más unitario. No hay sustancias ni accidentes, no hay personas ni objetos para uso de esas personas. Todo se atribuye realidad como seres valiosos en sí mismos e imprescindibles para la realización de cada uno en todos los aspectos y extremos de la existencia.

Ser persona	Cognitivo: razón lógico-matemática	Ético integrador
-------------	------------------------------------	------------------

«Persona» es la categoría que en nuestra cultura, desde la etimología griega, mejor indica el valor del ser humano. Con el término «persona» se hace referencia a la atribución clave que se quiere significar como lo más radical y definidor de la peculiaridad de lo humano. Que se es «persona» es el indicador verbal y mental de lo más intenso y profundo del humano. «Ser persona»,

«ser buena persona», «desarrollarse como persona», «hacerse persona», y algunas otras, son expresiones que indican ese sentido de valor y profundidad atribuido a dicho término. Ésa es la razón por la que, ahora como síntesis, use dicha palabra para centrar en ella el estilo de persona que nuestra cultura occidental a lo largo de más de 24 siglos de historia ha mantenido y potenciado. La persona activa en el teatro precitado (sujeto, sustancia, conocedor de la verdad, yo aislado), es una expresión cognitiva de lo real. Alguien que existe para (finalidad) conocer. Alguien racional, inserto en un estilo de quehacer delimitado por la actividad *lógica*. Es el humano de la persona moderna. Lo que no es significativamente racional, ni puede expresarse en lenguaje matemático, o no existe y si existe lo es de manera secundaria, subsidiaria, menos humana que lo otro más relevante de la racionalidad comentada. Es una persona para vivir en el conocer, con sus aspectos positivos y valiosos y sus aspectos negativos y limitantes.

Esa persona, líder activo del escenario del mundo y de las innumerables acciones y relaciones reconocibles, no parece alguien adecuado ni válido para encontrar las alternativas que el hoy nos exige y plantea. Mundo que nos apela e interroga para hacer posible más libertad, más igualdad, más dignidad, más fraternidad. En correspondencia, menos injusticia, menos explotación, menos violencia y menos hambre.

Así, la persona metamoderna, quien puede ser el agente de las novedades psicoculturales exigidas, debe ser una experiencia ética integradora. Un nudo comunitario. Alguien que alimentado de los coherentes elementos anteriores descritos sabe y vive que lo nostral, lo nodal, lo relacional, el «entre» (Buber, 1949), es el punto originario de acción para vivirnos como personas capaces de otro mundo. Otro mundo es posible porque lo hemos conocido en las experiencias y razones desarrolladas en el siglo XX. Para ello, es necesario que ese mundo atribuido nuevo sea algo interiorizado en nuestros pensamientos y sentimientos, en nuestro conocer y en nuestro

decidir. Saber, aceptar y vivir que somos personas, en la medida en que «abiertos al mundo» nos reconocemos humanos desde el originante y radical encuentro con los otros. Otros que, a su vez, son realidad humana porque se hacen personas en esa *respectividad* con otros. La persona como experiencia ética. Un ser que existe para (finalidad) dar respuesta de su hacer en el mundo. A esa finalidad están supeditadas todas las potenciales funciones de nuestro hacer humano. También la funcionalidad más relevante y sorprendente, la capacidad racional de nuestro ser humano, que no es la finalidad del existir, sino una función más, eso sí, muy significativa, que debe quedar al servicio de la finalidad ética del vivir: realizarse y responder de nuestro ser como persona.

Concepción del yo	Substancia intelectiva jerárquica	Nudo comunitario: autorrealización
-------------------	-----------------------------------	------------------------------------

De manera reiterativa, al tiempo que complementaria, en función de la enorme relevancia de ese aspecto, definir la realidad humana actora del propio guión existencial, es necesario clarificar la «concepción del yo» que acompaña a las comentadas variables del «actor» y de la «persona». La identidad en el escenario del mundo moderno, que, de alguna manera, agonizante debía acabar su presencia poderosa, desigualitaria, en la experiencia de los grupos humanos, se viste de nuevo con los ropajes de algo sustante-intelectivo, que aporta al mundo un estilo de convivencia y de presencia de poder, cargado de jerarquía. El mundo moderno es vertical. Unos son poderosos y otros son podidos. Unos están en la verdad enquistada de su poder, que narra su mundo como el verdadero, y otros están en el final de la escala, en el que se acurrucan débiles y dependientes de las imposiciones de los otros. Es el mismo mundo establecido que hace muy difícil lograr nuevas salidas hacia horizontes psicoculturales de más humanización.

El alternativo mundo metamoderno, aquel en que se plantea la superación de las deficiencias de la concepción del yo analizadas, se realiza

desde otra «concepción del yo». Aquella en la que el humano se atribuye la existencia como un «nudo comunitario». Aquella percepción en que cada yo no se comprende como un mundo aislado de «yoísmo» centrípeta y clausurado. El reto de nuestra humana experiencia de la globalidad informativa y comunicacional, de nuestra compartida responsabilidad ecológica y de nuestra necesaria implicación en el hambre, la pobreza y el analfabetismo de miles de millones de humanos, nos exige reconocernos idénticos como «nudos comunitarios». Vida humana nodal en la que no aparece el egoísmo de creerse y sentirse cada uno, sobre todo los que más logran poder, como ejes absolutos de lo que el mundo vive. Más bien, vida nodal que sea capaz de hacernos sentir y captar que todo lo logrado por cualquiera depende, en todas las maneras, de todos, y que nada es atribuible y decible exclusivamente ni del esfuerzo, ni del valor, ni de la capacidad de alguien, solo y aislado. Y es que nadie es realmente alguien solo y aislado. Todos somos de «entre» (Buber, 1949) todos. Tiene ya muchos siglos, y hoy ya es obsoleta, la definición de Boecio, el filósofo del siglo VII, que expandiendo el «animal racional» de la tradición aristotélica, decía del ser humano que era una «sustancia individual de naturaleza racional», *«rationalis naturae, individua sustancia»*.

Una de las consecuencias más destructivas de esa visión, presente en un momento histórico, y que hoy es decididamente superable, es la marca jerarquizadora que dividía en categorías impermeables a los humanos. Algunas referencias recuerdan esa visión jerarquizada. Platón en la República clasifica a los humanos, en cuanto que substancias racionales, en diferentes grupos según el tipo de racionalidad. De oro, de bronce, de hierro. Cada humano es portador de un tipo de inteligencia. De los más listos, filósofos, gobernantes, a los más torpes, agricultores, servidores. Un mundo jerárquico y vertical. Complementariamente, el sofista Protágoras se hizo famoso entre otras cosas por aquella sentencia: «El hombre es la medida de todas las cosas; de las que son, en cuanto que son, de

las que no son en cuanto que no son» (1984). La frase en el nivel metafísico, el valor de la presencia del ser humano, es aceptable y valiosa. Sin embargo, dado que la frase vive también en la experiencia social de los grupos humanos, tiene una aplicación negativa y superable. Y es que de hecho «el hombre» se traduce en que «algunos hombres», los que pueden, los que están considerados y aceptados en la cumbre de la jerarquía, miden la realidad a los demás. Algunos pueden sobre una gran mayoría. Consecuencia que durante siglos y siglos ha estado presente en la concreta historia vivida respecto del valor poder, de las creencias, de la autonomía económica, social, política.

El yo que posibilite un mundo diferente, más intercultural, más ecológico, más democrático, más justo, más libre y digno, es aquel que supera esa larga tradición de modernidad, que venimos analizando, y asume la otra mente que surge de los nuevos conocimientos y planteamientos que el siglo XX nos ha aportado sobre el mundo, incluido lo humano.

Libreto Yo jerárquico dominador Yo comunitario

En función de esa diferente concepción del yo, o sustancia individual o referencia gramatical/comunitaria, el libreto narrable en el escenario de la historia de todos con todos es contundentemente diferente. Es la base argumental doble para narrar dos historias claramente diferentes. El siglo XX, con raíces tenues en el XIX, y los tiempos actuales son mundos representacionales de intentos de cambio, de situaciones de ida y venida, de esfuerzos por mantener el pasado y de experiencias por hacer viable lo nuevo. Casi todo lo vivido en representaciones económicas, políticas, creenciales, sociales y culturales, durante siglos y siglos pasados, ha estado presente desde una narración del humano moderno: sustancia racional. Idea que incidía en el mantenimiento de una sociocultura vertical y jerárquica, de personas ancladas en lugares diferentes e inamovibles de la jerarquía económica, política, social.

Esa narración jerárquica y dominadora de unos sobre otros no puede ser el mensaje capaz de renovar y hacer más humanas las formas de convivencia. Además, hoy ya tenemos abundantes argumentos de conocimiento, de eticidad, de implicación afectiva, de responsabilidad participada, para no mantenernos en la narrativa del pasado. Más que ser competitivos para que ganen unos y pierdan otros hay que plantearse vivir en la cooperación. Más que ser etnocéntrico, para potenciar el valor de mi cultura en detrimento de otras, podemos valorar lo positivo de cada uno e integrarlo en otra dimensión más creativa y abierta de la convivencia.

Socialización	Yo+accidente: epidérmica	Yo nostral: profunda
---------------	-----------------------------	-------------------------

El ser humano de las dos narraciones, que se contrastan, vive el encuentro con los otros también de diferenciada manera. En la histórica diapositiva de la modernidad, la relación con los otros se entendía como un *accidente*. Algo posterior, en todos los órdenes, a la realidad originaria de la sustancialidad personal. La convivencia, la presencia de cualquier otro, es en este libreto algo secundario, añadido. De ahí se deriva que la forma de convivir, de reconocerse, unos y otros, sea algo vivido con implicación existencial de baja densidad. Difícil se hace desde ese horizonte de comprensión vital captar la posibilidad de superar retos de nuestra cultura y promover estilos de vida realmente más dignos y fraternos. Si somos y luego se nos añade algo «accidental», eso añadido siempre se considerará como algo secundario, menor.

Por eso, tras las crisis de la modernidad, rotundamente vividas en las tragedias del siglo XX, el neohumanismo alcanzable nos proyecta una diferente narración del yo. El yo como experiencia nostral, que desde la concepción de la gramaticalidad, de la radical respectividad de unos y otros, nos dice que los demás no son accidentes de sustancias previas, sino huellas constitutivas de cada yo. Esta visión no dualista de cada ser humano nos aporta una comprensión

más profunda y radical de la presencia de unos con otros en la realización de la existencia. Desde este libreto es mucho más esperable la presencia de otras posibilidades de vida entre los seres humanos y de éstos con la naturaleza. Si cada uno nos reconocemos hechos desde el encuentro con los otros, no como algo accidental, que se me presenta, sino como la ineludible experiencia para la construcción de mi ser, entonces será más fácil vivir que nos tocar *cuidarnos*. Reconocernos como seres dignos, iguales, fraternos. Este neohumanismo de la metamodernidad es el nuevo actor, capaz de abocarnos realmente a otro tipo de representación psicocultural.

Consecuencias económicas	Hambre, pobreza, injusticia	Equidad
--------------------------	-----------------------------	---------

El interés por esta temática no es quedarse encerrado en la analítica de las ideas. Es necesario conectar esos faros interpretativos con la implicación que tienen en la visión de lo vivido. Así, es fácil ver en el mercado de la vida que actores surgidos de la conciencia de su propia conciencia sustancial crean y sientan que lo que son capaces de acumular es (sustantivamente) de y para ellos, sin más. Desde el actante teatral de «mi» mente, «mi» corazón, «mi» cartera, lo que otros puedan vivir es problema de ellos. Cada uno que haga lo que pueda y sepa, según sus posibilidades. Y ahí vienen los adagios al uso, anclados en la entraña de nuestro horizonte cultural: «Lo que la naturaleza no da, Salamanca no lo presta», «Ande yo caliente y ríase la gente», «Más vale pájaro en mano, que ciento volando», y más.

Las consecuencias económicas del teatro y de los actores de la modernidad los tenemos muy abundantemente reconocidos. Los datos mundiales y menos mundiales del hambre y de la pobreza son trágicos. ¡Males del mundo! Sí, del mundo que hemos aceptado representar. Aunque podíamos manifestar otro. El actor metamoderno se presenta como una nueva obra. Miles de niños mueren cada día de hambre. 350 familias poseen la misma riqueza que los cuarenta

Estados más pobres del mundo con 2.000 millones de seres. Mil millones viven con lo equivalente a un dólar al día. Casi mil millones de personas son analfabetos.

Un mundo más pacífico y sostenible requiere otro teatro. Ante todo, otros actores. Seres humanos, capaces de vivir otro estilo de persona, que por saberse hechos desde el encuentro con los otros, generen más igualdad y respeto a la vida de todos. De hacernos la vida más cercana, positiva y valiosa.

Consecuencias	Desigualdad	Igualdad
	sociales	

De forma complementaria ocurre lo mismo en el ámbito de lo social. El actor moderno, sustancial, racional y medidor hace desde el convencimiento de que unos son superiores a otros. Que somos desiguales por naturaleza. No desiguales por accidente, dado que la «Salamanca» del adagio no arregla nada respecto de lo sustancial natural, si esto no lo da. Siglos y siglos hemos vivido una sociedad marcada por las jerarquías, las diferencias, los privilegios, aún demasiado presentes. El neohumanismo de la metamodernidad nos acerca a un nuevo horizonte: comprender que nuestra actuación humana no es realizada entre actores de diferentes sustancias, que luego incorporan aspectos accidentales. Esto es, que como seres respectivos que hoy nos reconocemos, más bien somos seres iguales que matizadamente nos complementamos en nuestra originaria igualdad de humanos/hermanos.

Consecuencias culturales	Dominación, violencia	Libertad, paz
--------------------------	-----------------------	---------------

Son bien conocidas, por muy experimentadas. La acción humana del animal racional, sustancial, cognitivo y medidor, desde el hinchado acercamiento a la verdad ha saturado la vida de lucha y confrontación. Si uno tiene la verdad los demás no la tienen. La verdad se ha muerto de seriedad. «La verdad ríe» (U. Eco, 1987).

Por eso, entre otras razones la búsqueda del sentido del humor se ha convertido en la fama burbujeante de nuestro tiempo. La risa es expresión muscular de una primera palabra de libertad y de encuentro en paz con los demás. Hemos vivido siglos y siglos sumidos en las tragedias de quienes teniendo poder expresaban éste en la imposición de la propia verdad. Nuestro tiempo requiere otro libreto, actor y teatro. Revitalizar otra forma de «ser siendo humano». Esa forma en que desde la *humanitas* (Heidegger, 2004) nos reconocemos humanos en cuanto que pastores del ser a través de la palabra en la que se desvela, ilumina y hace presente el ser. Es ahí donde aparece la experiencia de la libertad, del alejamiento del cerrado mundo de lo impuesto, que nos abre a la paz del buen encuentro con los otros y con la vida en general. Con el ser.

Guion general	Enfrentamiento, individuo	Fraternidad, comunidad
------------------	------------------------------	---------------------------

Desde el guion mantenido siglos de la modernidad, la experiencia del individuo ha sido una representación de enfrentamiento. Había trama narrativa para estar en permanente afán y exigencia de lucha. Algunos tienen la verdad. Algunos tienen el poder. Algunos tienen relación privilegiada con el conocimiento válido. Quienes no eran esos algunos eran la negación, lo opuesto, aquello que había que rechazar, dominar, reducir o reencauzar. Con ese bagaje se hace muy difícil, realmente imposible, que el mundo actual encuentre seres capaces de actuar de nueva manera. De esa forma que es necesario aprender para responder valiosamente a los retos y los desafíos que hoy se nos presentan. Los ya dichos de ser más interculturales, más ecológicos, más equitativos, más dignos y libres, más fraternos.

Figura geométrica	Línea recta plana	Línea helicoidal
----------------------	----------------------	---------------------

El pasado moderno, aún algo actual en sí mismo o en sus manifestaciones reactivas, posmoderno y ultramoderno, es representable en el plano de

la geometría euclídea: que por el punto exterior a una recta sólo pasa otra recta paralela a la anterior. Un mundo cerrado, plano, limitado, cerrado a la amplitud de los sentidos perceptivos del observador. La nueva narración argumentada de otro actor requiere un espacio amplio, abierto, global, helicoidal.

Propuesta educativa	Repetir, controlar	Dialogar, expandir
------------------------	-----------------------	-----------------------

La acción educativa de ambos mundos contrapuestos también es claramente diferente. En un caso, repetir y su evaluación correspondiente, controlar. En el otro, dialogar y expandir. Certo que expandir el espíritu requiere el esfuerzo de entrenarse, de desarrollar y potenciar habilidades personales cognitivas, afectivas, éticas, que sólo se potencian por medio del adecuado y exigente entrenamiento. Pero no es lo mismo aprender para repetir de manera mimética y establecida, que trabajar para conseguir virtualidades personales nuevas.

Esta dicotomía de la «propuesta educativa» tiene un número ingente de apoyos concretados en las investigaciones realizadas sobre la presencia del sistema escolar en las sociedades modernas. Una ingente bibliografía crítica transita sobre las experiencias escolar-educativas desde el último tercio del siglo XIX y durante el siglo XX. Así, Tolstoi, Montessori, Decroly, Makarenko, Freinet, Kerchensteiner, Piaget, Freire, Illich, Lobrot, Bourdieu..., por no hacer la lista más amplia, son algunos de los líderes críticos de la escuela establecida en las «burocracias» de los saberes consolidados y determinados, de las exposiciones cerradas y de las evaluaciones calificadoras. Es paradigmático, a estos efectos, la creación de P. Freire cuando critica la «educación bancaria» como un forma de hacer más mantenedora que liberadora. En definitiva, como una educación que difícilmente pueda ser la puerta de entrada de una forma de potenciarse humanamente que haga posible otra forma de historia personal y comunitaria.

Fin educación	Mantener	Autonomía crítico-creativa
---------------	----------	-------------------------------

En correspondencia, el fin educativo de la modernidad es mantener. Si conocemos la verdad, ésta no puede hacerse presente sino desde el ineludible mantenimiento. En el otro escenario lo que se representa, en función de todo lo dicho, es una propuesta educativa de horizonte crítico y creativo. Educarse para estar más presente en la acción de la propia experiencia vital y en el compromiso con el conjunto de la vida sociocultural.

En sentido complementario de la dicotomía anterior, «propuesta educativa», ésta del «fin de la educación», reitera los puntos de referencia contrapuestos de ambas mentalidades, la moderna y la metamoderna. Desde la animalidad racional de substancias cognitivas, capaces de conocer la verdad, el fin del perfeccionamiento no podía ser otro que mantener lo alcanzado. La presencia y dominancia de unos libretos culturales así definidos exigían ver la finalidad de la educación como un esfuerzo por consolidar y mantener lo establecido. Baste recordar que es en el siglo XX cuando la reflexión sobre las ideas y las creencias que comprenden el horizonte de lo humano hacen patente la presencia de lo temporal en la conciencia humana. Así lo atestiguan autores como Bergson, Ortega y Gasset, Zubiri, Heidegger, entre otros. Ese insertar el tiempo en el meollo de la conciencia personal es un nuevo horizonte de apertura de la conciencia psíquica e histórica que comprende la realización de la existencia como un esfuerzo de autonomía crítica y creativa.

En esta secuencia reflexiva, efectivamente, el «fin de la educación» había de cambiar, de modo que el valor modélico a seguir no fuese tanto el mantenimiento firme de lo logrado y establecido, sino, precisamente, el cambio y la búsqueda de nuevas formas de afirmación personal. Formas que, reconocido que la persistencia de lo establecido no podía ser alternativa valiosa para solventar los nuevos retos civilizatorio, habrían de cambiar hacia otros horizontes de apertura

creativa. Hacia fórmulas de una renovada y siempre abierta inquietud educativa. Una educación para «aprender a ser» desde la abierta creatividad del espíritu humano y no para mantenerse en el estereotipo dominante de lo mantenido en el pasado.

Medios	Lo establecido,	Lo innovador, lo educativos	lo transmitido	indagado, lo dialogado
--------	-----------------	--------------------------------	----------------	------------------------

Por último, los medios educativos aceptables en cada uno de los mundos reflejados son diferentes. En la modernidad, lo relevante es mantener lo seguro, lo transmitido, que ha sido avalado por ser la verdad establecida desde los centros de poder conocedores. En el neohumanismo de la metamodernidad, presente aquí en el guión del nuevo actor humano, lo educativo es aquello que revitaliza el diálogo, que se presenta como innovador, que concreta y articula lo indagado.

Este punto, a su vez, puede ser ampliamente concretado y avalado por diferentes fuentes de análisis y debate. Baste apuntar la visión habermasiana de la «dialogicidad» como una elaboración reflexiva del siglo XX que puede sintetizarse en la contraposición de las dos posibles traducciones del término griego *logos*, o razón o palabra. Tras las críticas a la razón instrumentalista y tecnológica de la modernidad (Nietzsche, Heidegger, entre otros) se apostó reflexiva y operativamente por acercarse a una visión del mundo anclado en la palabra. Desde esta experiencia de intercambio se hace más fácil la manifestación del diálogo, el intercambio de palabras.

Trasladado esto al mundo de la mediación educativa en general, y de la didáctica más en concreto, el siglo XX, desde la educación extraescolar (social: animación sociocultural, investigación-acción, desarrollo comunitario, educación popular...) hacia la escolar, y de ésta hacia aquélla, ha sido un permanente flujo de indagaciones, de experimentación y de innovación metodológicas. Uno de los avatares más comentados de la educación, escolarizada y no escolarizada, es que la

permanente situación de crisis que vive tiene que ver con la búsqueda y la inseguridad referidas a las formas de hacer más válidas para realizar la propuesta educativa. La incidencia de las TIC, del paradigma constructivista, de la conciencia cooperativa, del mundo de la globalización, entre otras variables, hace que el afán de la claridad, de la innovación y de encontrar respuestas adecuadas mantenga al profesorado en un inacabado afán de «saber a qué atenerse». Se ha dejado la seguridad de un pasado bien articulado en sus creencias, ideas, valores y fórmulas de actuación, a un mundo entrópico de permanente turbulencia en el que asegurarse formas de acción exitosas, bien definidas

y seguras, provoca en el profesorado, cuando no en los padres y en los múltiples agentes educativos, cuanto menos, inseguridad. Éste es el reto de las agencias educativas en la actualidad. Que no manteniéndose en el pasado enquistado deben estar en permanente actitud de responder adecuadamente a los retos de los tiempos presentes. La dificultad se advierte en que lo nuevo requiere equilibrio y madurez para acertar a salir de lo establecido, pero al mismo tiempo no quedar dogmáticamente iluminado por modas más o menos inconsistentes que en algunos momentos puedan ofertarse en un horizonte poco contrastado y muy superficialmente analizado y valorado.

Referencias bibliográficas

BERGSON, H. (2004). *Memoria y vida*. Madrid: Alianza.

BOURDIEU, P. (1997). *Capital cultural, escuela y espacio social*. México: Siglo XXI.

BUBER, M. (1949). *¿Qué es el hombre?* México: FCE.

DERRIDA, J. (1985). *La voz y el fenómeno*. Valencia: Pre-textos.

ECO, U. (1983). *El nombre de la rosa*. Barcelona: Lumen.

EINSTEIN, A. (2004). *Cien años de relatividad: los artículos clave de Albert Einstein de 1905 a 1906*. Madrid: Nivola Libros y Ediciones.

FREINET, C. (1986). *Técnicas Freinet de la escuela moderna*. México: Siglo XXI.

FREIRE, P. (1990). *La naturaleza política de la educación: cultura, poder y liberación*. Madrid: Paidós/EC.

HABERMAS, J. (1987). *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Taurus, 2 vol.

HEIDEGGER, M. (2004). *Carta sobre el humanismo*. Madrid: Aguilar.

ILICH, I. (1974). *La sociedad desescolarizada*. Barcelona: Seix-Barral.

KERCHENSTEINER, G. (1930). *La escuela del trabajo*. Madrid: La Lectura.

LEVINAS, E. (1977). *Humanismo del otro hombre*. Madrid: Caparrós Editores.

LOBROT, M. (1973). *Pedagogía institucional*. Buenos Aires: Humanitas.

LYOTARD, F. (1984). *La condición posmoderna*. Madrid: Cátedra.

MAKARENKO, A. *El poema pedagógico*. Barcelona: Planeta.

MEAD, G. H. (1972). *Espíritu, persona y sociedad*. Buenos Aires: Paidós.

MONTESSORI, M. (1960). *El método de la pedagogía científica*. Barcelona: Ramón de Araluce.

NIETZSCHE, F. (1996). *Humano, demasiado humano*. Madrid: Akal.

ORTEGA Y GASSET, J. (1974). *Pasado y porvenir para el hombre actual*. Madrid: Revista de Occidente.

PIAGET, J. (1970). *Naturaleza y métodos de la epistemología*. Buenos Aires: Prometeo.

PROTÁGORAS (1984). *Fragmentos y testimonios*. Barcelona: Orbis.

RICOEUR, P. (1999). *Historia y narratividad*. Barcelona: Paidós-ICE, Universidad de Barcelona.

TOLSTÓI, L. (1962). *Infancia, adolescencia, juventud*. Barcelona: Juventud.

VATTIMO, G. et al. (1990). *En torno a la posmodernidad*. Barcelona: Anthropos.

VIGOTSKI, L. S. (1977). *Pensamiento y lenguaje*. Buenos Aires: La Pléyade.

ZUBIRI, X. (1980). *Inteligencia sentiente*. Madrid: Alianza Editorial.

Abstract

From modern 'T' to metamodern 'T': towards other culture and education

The crossing towards the twenty first century, after the complex twentieth century, has challenged in a novel manner how to go on living together as humans and our relations with the world. The West has formed its own history from a modern conscious identity, a narrative conscience as rational substance, cable of knowing the truth, and contemplating and measuring reality. Existing today implies crossing to the metamodernity, the presence of a human being that makes and recognised meetings with the others. From a human being «rational substance» to a human being of «ethics relationship».

Key words: *Modernity, Post-modernity, Ultra-modernity, Meta-modernity, Deconstruction, Sociocultural challenges, Respectivity, Grammatical category (grammatologie), Ethics reason.*

Perfil profesional del autor

José Ángel López Herrerías

Profesor de Teoría de la Educación y Pedagogía Social en la Facultad de Educación de la UCM. Profesor visitante de la Universidad de las Américas (UDLA, Puebla), de la Universidad Autónoma del Estado de Puebla (UPAEP) y de la Universidad de La Salle de Cuernavaca. Autor de (2003) *Poesía y educación* (Herder, 2005), *Educación para una cultura comunitaria* (Nau Llibres, 2005), *La universidad (y el proceso de Bolonia: EEES)* (Hergué, Huelva, 2008).

Correo electrónico de contacto: jherrer@edu.ucm.es